

Su vista fué amortiguándose por grados. Hizo otro estremecimiento, y quedó profundamente dormida.

Pablo se cruzó de brazos, esperó de pie, y enfrente á ella, á que volviese de su le targo.

El doctor hizo un gesto de desesperacion.

Se veía obligado á renunciar á sus bastardos deseos, cuando veía realizado la mitad de su plan, y esto le desesperaba.

Hubiera querido poder marcharse para evitarse aquel tormento; pero consideró que esto podia despertar sospechas en Pablo, respecto al narcotismo de Elisa, y se vió precisado á permanecer allí, frente á su víctima, pero sin poder dañarla.

Pablo y Willey eran, el uno, el génio del bien; y el otro, el génio del mal; alentando distintos sentimientos.

Eran el ángel bueno y el ángel malo, colocados uno frente al otro, en los instantes mas solemnes.

Eran el San Miguel y el ángel rebelde, oprimiendo aquel con su planta al rey de las tinieblas y del crimen.

CAPITULO XXI.

La Jamaica.

Entre las agradables costumbres que hacen de México un país risueño y encantador, un oasis florífero y delicioso en medio de las convulsiones políticas que le han agitado, se encuentra una que está en armonía con el carácter jovial, dulce y amable de sus hijos, con lo poético de su exuberante suelo, con sus limpios horizontes, con sus pintorescos valles y su trasparente cielo. Esta costumbre es la conocida con el nombre de *jamaicas*, que consiste en reunirse en algun jardin particular de la ciudad, varias familias de fina educacion y buen hu-

mor, á pasar alegremente un dia destinado al contento, al baile y al placer.

Para conseguirlo cumplidamente, se improvisan á ambos lados de las calles que forman el jardín, ligeras y pintorescas tiendas de flores y enramada, donde las señoritas, despojadas de sus elegantes vestidos de seda, y disfrazadas con algun gracioso trage popular, obsequian con helados, horchata, dulces, *tamales* (1) y *atole* (2) de leche, que fingen vender graciosamente, á los concurrentes que, vestidos tambien al uso del pueblo y provistos de vistosas fichas de marfil, que se les da á la entrada, se acercan á las floríferas tiendas á comprar con ellas, y á tener un rato de agradable conversacion con las lindas vendedoras que embelecen aquel pensil, que la misma Flora envidiaria.

Nadie penetra en estos recintos de flores y de aromas, de luz y de alegría, mas que las finas y escogidas personas que han al-

(1) Masa endulzada, hecha de maíz, y muy sabrosa, que se envuelve en hojas del mismo.

(2) Líquido sacado del maíz, mezclado con leche, y endulzado.

canzado la dicha de ser convidadas por alguna de las que han dispuesto la deliciosa *jamaica*.

Allí los dulces acordes de la alegre música se asocian al blando murmurio de la perfumada brisa que mece las hojas de los copudos árboles, al manso ruido de las fuentes y al melodioso canto de las canoras aves, que parecen dominadas del general contento: allí los jóvenes de ambos sexos, bailando los unos las alegres sonatas populares con hechicera gracia, vendiendo otros y comprando los dulces y la horehata con que cada vendedor ha provisto abundantemente su florífera tienda para obsequiar á cuantos á ella se acerquen; fingiéndose algunos, agentes de policía para dar lugar á la broma de conducir al amigo que gusten á una enramada prision, donde los carceleros, que son varios señores y no pocas señoritas, le ponen grillos de olorosas flores y le sirven en doradas copas el espumoso Champaña, realizando así los deleites de la deliciosa Janja, donde es fama que la naturaleza brinda al hombre todos sus preciosos dones.

La vez primera que alcancé la dicha de asistir á una de esas *jamaicas* de la fina sociedad, mis ojos quedaron deslumbrados, y mi corazón conmovido. Allí se armonizaban admirablemente los placeres y la franqueza del campo, con las comodidades y abundancia de las grandes ciudades. El perfume de las silvestres flores y las suaves esencias del tocador se asociaban dulcemente para embalsamar la atmósfera.

Por desgracia esta costumbre, tan grata y deliciosa, ha ido decayendo de día en día á causa de las continuas convulsiones políticas, que han acabado con el humor festivo y la tranquilidad que antes reinaban en la deliciosa region de Anáhuac.

Pero dejemos consideraciones, y trasladémonos á la *jamaica* que tenia lugar en el jardín de D. Emilio, el día en que nos encuentra nuestra historia.

Resuelta ya la union de Clotilde con Leopoldo, y deseando proporcionar á la primera todo el solaz y distraccion que acudiesen al restablecimiento de su salud, ya bastante mejorada, habia dispuesto el señor Landeta

aquella diversion, á la cual habia convidado á lo mas selecto de la ciudad.

El jardín era grande, hermoso y bien cultivado.

Largas calles, orilladas de copudos árboles y de bellísimos rosales, conducian á una espaciosa glorieta, sombreada por elevadísimos álamos blancos que, circundándola por todas partes, juntaban sus sonantes ramas á una inmensa altura, formando una verde y fresca bóveda, por donde dudaban penetrar, tibia y dulcemente, los limpios rayos del fulgente sol.

Una hermosa fuente, en medio de cuya inmensa taza se veía á Neptuno, robusto en las formas, de varonil presencia, de larga barba y lacio cabello cano, de pié sobre una preciosa concha con ruedas, tirada por cuatro fogosos caballos marinos, teniendo en una mano las riendas y en la otra el poderoso tridente, se encontraba en el centro rivalizando en belleza con la que se ostenta en el espacioso paseo del Prado de Madrid.

Al pié de los copudos álamos que circun-

daban esta deliciosa glorieta, formando con sus robustas ramas un esmaltado techo, se levantaban airosas y risueñas, engalanadas de verde enramada y de vistosas flores, improvisadas y elegantes tiendas, ocupadas por lindas señoritas, vestidas con el airoso traje popular, realizando un encantado pensil de pintorescas grutas, habitadas por aéreas y vaporosas ninfas.

Pero no solo al rededor de la glorieta, sino tambien entre los árboles que orillaban todas las perfumadas calles del jardín, se veían otra multitud de estas pintorescas tiendas, donde las flores menos seductoras eran las que ostentaban las preciosas plantas, pues quedaban eclipsados sus colores por los de las bellas y lucientes rosas, que dentro de las poéticas grutas recibían con afabilidad, las visitas de los galantes caballeros que, provistos de labradas fichas de marfil, se acercaban á comprar la fresca limonada, escanciada por las seductoras sirenas del país de Moctezuma.

Todo respiraba placer y contento en

aquel sitio que realizaba los cuentos de las Mil y una noches.

La música, el canto de las aves, el murmurio de las fuentes, el dulce acento de las jóvenes, el suave movimiento de las hojas acariciadas por la brisa, las inquietas mariposas que agitan sus pintadas alas libando el néctar de las flores, el limpio azul del claro cielo, la preciosa alfombra de esmaltada grama que adornaba el suelo; todo concurría y se asociaba para imprimir á aquella alegre fiesta todo el aire de vida y novedad, de atractivo, de franqueza y sencillez, que con tan brillante colorido suelen pintarnos los poetas.

Aquí, en una aromática y enramada tienda, en cuyo frontis se lee en letras doradas: "A la Primavera," se vé una graciosa horchatera, con sus hermosas trenzas colgando, vestida con cortas enaguas de riquísimos pañuelos de seda de la India, bordados de oro y lentejuela, terciado el rebozo calandrio, y ostentado un pié en abreviatura, oprimido por un zapatito verde, despachando en brillantes y finos vasos la blanca y sabro-

sa horchata. Allá una linda *tamalera* de ojos negros y purpurina boca, dejando ver dos hileras de blancos y menudos dientes, envidia de las perlas, exclama sin cesar con acento mas blando y dulce que las auras, "aquí hay tamales cernidos, mi alma, de chile, de dulce y de manteca, donoso, pasen á merendar." No lejos de ella se descubre á una simpática confitera, despachando, en primorosas cajitas, las almendras garapiñadas, el rico dulce de coco, el *camote* (1) cubierto, y cuanto de mas exquisito puede apetecer el paladar mas regalado.

Los hombres, por su parte, tampoco habian descuidado nada de lo que podía contribuir á dar á la fiesta un aire popular.

Quién, cubierta la cabeza con un sombrero de paja de inmensas alas, en mangas de camisa, sujeto el pantalon ancho por una banda encarnada de seda, sacando del estómago una voz ronca y extraña, sentado sobre un petate, y teniendo delante varias canastas con regaladas y variadas frutas,

(1) Patata de Málaga, confitada.

gritaba desaforado: "al tostado de urno (1); aparen, aparen, cuántos cuartillos lleva." Quién con el cabello en agradable desorden, y parado junto á la puerta de su enramada tienda, exclama con ronco acento: "Pasen niñas á beber el Ometusco; dónde va la niña; entren á refrescar;" y quién, acompañado de varios que fingen ser sus mozos, despacha en otra gruta los helados mas exquisitos.

En un sitio de la huerta, que formaba un bosque de naranjos y limoneros, se descubria una casita de madera de agradable apariencia, en cuya portada se leian estas palabras: "Penitenciaría." Estaba rodeada de pintoresca enramada y de blancas y amarillas campanillas de los campos: su techo, construido de verdes ramas, ostentaba multitud de bandas de colores, de que pendian rústicas jaulas con canoras aves de brillante plumaje. En cada uno de los ángulos de esta pieza habia una mesita rústica, en que varias encantadoras jóvenes, airosamente vestidas, servian á los presos el aromático café en doradas tazas, y en bri-

(1) Imitando á la gente baja que dice *urno* por horno.

llantes copas el espumoso champaña, no sin haberles puesto primero con sus redondas manos, preciosos grillos de fragantes rosas.

Una comision de cinco hombres, que representaba la policia, recorria todos los puntos del jardin, llevando por espada cada individuo, un rico salchichon, y por pistola una botella de generoso jerez.

Nada habia allí que no fuera selecto y escogido. Vendedores, compradores, criados, horchateras, gendarmes y carceleras, todos pertenecian á lo mas granado de la sociedad.

Solo los músicos, ajustados para que tocasen todo el dia, pertenecian á la clase baja, y se complacian en ver bailar á los jóvenes de la fina sociedad con indecible gracia y perfeccion, las alegres sonatas populares, imitando exactamente el aire y los movimientos de la gente del pueblo.

Las tiendas, el baile y la penitenciaría, estaban llenas de gente que acudia á tener un momento de agradable conversacion con las ninfas que dentro se encontraban, y mu-

chos rogaban á la complaciente policia que les condujesen á la prision, para ser engri-llados por las sirenas encargadas de la custodia.

Pero entre las risueñas tiendas que circundaban la glorieta principal, y que semiocultas entre los árboles y enramada remedaban otros tantos nidos de blancas palomas, llamaba la atencion una por su graciosa sencillez y su delicado gusto.

Sobre la portada, se descubria un elegante rótulo, formado con violetas naturales que contenia estas palabras: "A la Flora Mexicana." Las paredes, el techo, el mostrador, los asientos, el pavimento, y cuanto, en fin, constituía aquella risueña mansion, estaba formado con bellisimas y fragantes flores, perfectamente combinadas.

Sobre el mostrador, y colocados en vistosos jarrones de porcelana de China, y en brillantes vasos de colores, llenos de agua cristalina, se veían preciosos ramilletes, hechos con una gracia cautivadora.

El rótulo que, como hemos dicho, se ostentaba en la puerta, correspondia perfec-

tamente con la gracia y belleza que resaltaba en la hechicera jóven que, entre aquel pensil de ramilletes, personificaba á la ninfa Cloris, á quien Céfito dotó de eterna juventud, le dió el imperio de las flores y el nombre de Flora.

Era una mujer de dulce fisonomía y hechiceros ojos, en cuyo ovalado y pálido rostro, apacible y grato como la luna, se dejaba conocer que habia padecido una de esas enfermedades del corazon, tan comunes en las mujeres dotadas de finos y tiernos sentimientos.

Su traje era airoso y bien cortado, como el que llevan las ricas campesinas del Anáhuac, y que consistia en unas finísimas enaguas cortas de raso azul celeste, con flores doradas, sujetas á la flexible cintura por una banda de seda con borlas de oro, que colgaban graciosamente por detras. Su pequeño pié, lo calzaba un zapato de raso blanco, que ostentaba encima de la punta, una flor de oro, primorosamente bordada: su turgente seno veíase cubierto por una finísima camisa de Holanda, con preciosos

dibujos de seda de variados colores, y un rebozo punzó, que hacia resaltar mas y mas la blancura de su suave cútis, descansaba graciosamente sobre sus redondos hombros, mórvidos y blancos como sus torneados brazos. Su hermoso y abundante pelo, que en dos trenzas le caia sobre su ebúrnea espalda, estaba sujeto en sus puntas, por una cinta encarnada, que resaltaba sobre el color azul de sus airosas enaguas; y en su poética cabeza, veíanse prendidas, con gracia, dos hermosas rosas, una blanca, y encarnada la otra, que llamaban la atencion por sus limpios colores y la belleza de sus hojas.

El mostrador de esta florífera tienda, estaba lleno de galantes jóvenes, que acudian ó comprar esos lindos ramilletes, para tener el placer de hablar con la encantadora diosa de los pensiles.

Solamente dos hombres, lejos de aproximarse á ella, se mantenian á regular distancia, sentados debajo de unos árboles, y retirados del resto de la concurrencia.

El adusto ceño de sus rostros, las mira-

das recelosas que dirijian de vez en cuando á su derredor para ver si álguien se acercaba á ellos, y la conversacion que en voz baja sostenian, daban á entender que trataban de algun asunto extraño al motivo de aquella alegre fiesta.

—Estoy anhelando que la diversion termine, porque me ahoga la ira.

Exclamó uno de ellos.

—Pues no hay mas que armarse de paciencia — contestó el otro — y aguantarse hasta el fin, porque el retirarnos despues de haber concurrido, seria llamar la atencion de todos, y muy particularmente de D. Emilo, que lo traduciria por un grosero desaire.

—Pero ¿quién tiene calma para ver la alegría de la mujer que nos aborrece, los obsequios que le tributan, y la satisfaccion insultante de un rival?

—Eso debió vd. haberlo meditado antes de haber aceptado el convite.

—¿Es decir que no hay mas remedio que aguantar?

—No queda otro.

—¡Excelente diversion

—¿No le dije á vd. con tiempo, que era mejor no admitir el convite, pretestando cualquier negocio? ¿No está resuelto el salir de México mañana mismo, puesto que nada tenemos que esperar aquí de bueno, y sí mucho que perder?

—Es verdad; pero yo queria verla siquiera por la última vez, y á ello me impulsaba un resto de esperanza, de que tal vez Leopoldo pereceria en el último lazo que le tendimos anoche.

—¡Vana esperanza! A ese hombre le protege Luzbel, lo mismo que le protege á ella. Leopoldo sale ileso de todos los ataques que le dirijimos, y vd. ha visto que para Clotilde no hay venenos eficaces. Cualquiera de los que mezclé en las medicinas que le recetaba durante su enfermedad, hubieran acabado con la vida de la persona mas sana y robusta, y ella, que estaba débil y espirante, ha recobrado la salud, cuando yo le daba á beber la muerte.

—Es cierto; y yo celebro que Clotilde